





## HISTORIA NATURAL.

### EL UISTITI.

**H**AY tres especies de monos, y se parecen bastante en su forma exterior así como en sus caractéres anatómicos, los *sapajúes*, los *sagüinos* y los *uistities*.

Los *sagüinos* tienen la misma conformacion dentaria que los *sapajúes*, pero se diferencian de estos en que son mas pequeños, en que sus colores son mas vivos y variados, y por último en que su cola no es asidora. El nombre de *sagüinos* se dió á todos los monos de corta estatura de la América meridional, y en muchas obras se halla aplicado al *uistiti*, aunque pertenece á otra especie.

El *uistiti* carece de callosidades en sus nalgas, lo mismo que el *sagüino*, tiene abiertas y separadas las ventanas de la nariz, y su larga cola se halla cubierta de un pelo espeso no muy largo; pero es todavía mas pequeño que el *sagüino*, y se diferencia de este en que tiene pequeñas garras en vez de uñas, porque casi no puede juntar el dedo pulgar con oposicion con los demás dedos y por la conformacion particular de sus dientes molares, los cuales son en menor número, teniendo el esmalte lleno de tubérculos puntiagudos, disposicion que no se encuentra en ninguna otra especie de monos. Su cabeza pequeña bastante redonda es hacia el occipucio menos saliente que la de los *sapajúes* y *sagüinos*.

El tamaño del *uistiti* es casi como el de una ardilla, su cuerpo es largo, delgados sus miembros y larga y velluda su cola, habiéndose hallado únicamente hasta el dia en la Guiana, en Para, y en el Brasil.

El modo de vivir del *uistiti* se parece al de los demás cuadrumanos de su mismo país: solo tiene de par-

particular que persigue encarnizadamente á los insectos, por lo cual se cree que este es su principal alimento, aunque tambien le gustan mucho los huevos.

El uistiti es manso y tímido, se domestica con facilidad, y cuando se le molesta exhala un grito parecido al graznido de un pájaro. En los contornos de Cartagena de Indias habia antiguamente un uistiti cuya voz se asemejaba á la del murciélago cuando le enfadaban.

La aficion que el uistiti tiene á los insectos, y lo incompleto de su inteligencia da lugar á una observacion interesante. Cuando se le ponen delante dibujos de insectos, como estén iluminados, los conoce al instante y trata de cogerlos; particularidad tanto mas notable cuanto que hay poquísimos animales que distingan los objetos de una pintura.

Es inútil decir que el uistiti tiene necesidad de estar en un sitio caliente cuando se le quiere criar en Europa, principalmente cuando se desea su reproduccion. Sin embargo de estas precauciones viven muy poco en nuestros climas estos animalillos, cuyo retrato damos al frente de este número.

---

## TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

---

### SEGUNDA PARTE.

#### I.

##### El camino.

Véanme VV. en la carretera con unos arreos bastante pasaderos, poca moneda en el bolsillo y al hombro un baston, en el cual iban colgadas en un pañuelo todas mis riquezas.

Era el mes de junio, época de los dias mas hermo-



sos del año, de suerte que un sol caluroso y vivificante vertía generosamente sus rayos en toda la campiña. Las aves cantaban á mi paso, y la cigarra dejaba oír de vez en cuando sus gritos monotonos, en tal conformidad, que aquellos cantos y gritos que me parecían otros tantos saludos dirigidos al hijo del país, me oprimieron el corazón, y de mis ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas, como las que nos arranca un sentimiento dulce.

Cuando llegué á la última habitacion correspondiente al término de mi patria, me volví para saludar otra vez la torre de Alcalá, la cual perdí de vista pocos instantes despues.

Si los viajes tienen atractivos, es muy poco divertido andar solo corriendo tierras. Espansivo por naturaleza, empecé á fastidiarme de mi solitaria peregrinacion al cabo de media hora de marcha, y gracias á lo predispuesto que me sentia á romper la monotonía del camino, me ocurrió la idea de entrar en conversacion con la primera criatura á quien encontrase.

Sin dejar de ganar terreno, hacia mis reflexiones acerca de como van las cosas de este mundo, y tan ocupado iba en mis meditaciones, que habiendo olvidado dirigir el impulso de mis piernas, abandonadas á sí mismas, sin saberlo me habia separado de la carretera para entrar en una huerta contigua á ella.

## II.

**Caigo en un colmenar.—Unos perros me persiguen.—Feliz encuentro.**

Alzé la cabeza, y no conocí que me habia estrañado, hasta que me sentí picado de repente en todo el rostro, como si me hubiesen puesto una docena de sanguijuelas. Lanzé un grito penetrante capaz de asustar á todos los pájaros de las inmediaciones, y pronto oí un prolongado zumbido, viendo revolotear en rededor de mi cabeza una legión de abejas que me perseguian

con sus dardos con un eucarnizamiento que no tiene ejemplo. Conocí el motivo de aquella declaracion de guerra tropezando contra una colmena que habia derribado, merced á mi distraccion.

En menos de un segundo me acometió todo el ejército volátil lleno de cólera, y me sentí picado en todas las partes de mi individuo, ni mas ni menos que si me hubiesen frotado con hortigas, y lo peor era que no tenia otra defensa que dar saltos y hacer contorsiones telegráficas. No parecia sino que me estaban friendo en una sartén, segun los saltos de carnero que daba.... El peligro era inminente.... dí á correr como una liebre; pero los malditos vichos, cuyo reposo nadie turba impunemente, me fueron acompañando un cuarto de hora.

En mi precipitacion atravesé la huerta; el hortelano creyó que era un ratero, y salió detrás de mí gritando como una furia.... En un instante se oyeron los ladridos de dos perros, y corrí á todo escape para librarme de aquellos Césares; pero mi mala fortuna queria divertirse conmigo aquel dia.

Ya comprenderán VV. que el miedo de ser cogido de un momento á otro por la raza canina, me haría mirar mucho mas hácia atrás que hácia adelante. Imprudente! que no hubiera fijado la vista en el sitio hácia el cual corría, á riesgo de dejarme las pantorrillas en la boca de los perros! De este modo me habria ahorrado una zambullida en las aguas cenagosas de una laguna cercada de fresnos.

Véanme VV. pues zambulléndome como un pato, en medio de una nube de peces, esforzándome en nadar para salir á la orilla.... por fortuna me habia ejercitado en la natacion en el arroyo donde se cayó mi padrino.

Bien ó mal, al fin iba á llegar al puerto, cuando de pronto me siento detenido por medio del cuerpo y por las piernas. Era que habia ido á dar en una red de pescador, y por mas que hice grandes esfuerzos para desprenderme, no pude salir de aquella prision de cuerda.



Durante este tiempo, los mastines que con tanta crudeza me habian perseguido, llegaron á la laguna. Al ver sus enormes bocas pierdo la cabeza, y me pongo á gritar haciendo coro con sus ladridos. A poco llega el hortelano, y abro la boca para pedirle perdon, cuando al fijar en él mi mirada suplicante, oigo que pronuncia mi nombre.... ¿No me engaño? ¿es el padre de Tomás?

—Cómo! ¿eres tú, Bonifacio? me dijo.

—Ay! sí, soy yo mismo.

—¿Qué diablo de capricho te trae aquí?

—No es un capricho; si V. supiera....

—¿Y tú eres el que pisabas hace poco mis lechugas?... creia tener que habérmelas con un ratero....

—Y habeis dado con un torpe, á quien su distraccion ha dado muy buenos sustos.

—¿Es posible? y los perros que rabiaban por morder.... ¿Cómo te encuentras aquí?

—Por Dios, ayúdeme V. á salir y lo sabrá todo.

Mientras que le esplico mi catástrofe, al fin logra con bastante trabajo sacarme sano y salvo, pero lleno de agua y lodo desde los pies á la cabeza.

Despues me dijo que para ir á Cádiz era mejor embarcarme en Sevilla; pero yo me habia propuesto ir por tierra, y despidiéndome de él esperé en medio de un prado que el sol secase mis vestidos, los cuales chorreaban agua. Hecho esto volví á ponerme en camino.

### III.

#### **Viaje en una burra. — Dos conocidos.**

Por no cansar á VV. no les cuento varias otras cosas que me sucedieron en los primeros dias de marcha. En el último, una lechera que llevaba la misma direccion que yo, me permitió que montase en la gurutpa, y así llegué á un pueblecillo, donde debia detenerse mi hospitalaria aldeana.

—Tome V., la dije, dándola unos cuartos en recompensa de su atencion.

—Mandar, me contestó, como si no me hubiese comprendido.

—Tome V. esto; todo servicio se premia.

—Estimando; yo no hago favores para que me los paguen.

Esta conducta me interesó vivamente, atendido el estado de mi hacienda. Despues de darla las gracias mil veces, entré en una venta para tomar un pisolabis. Allí me encontré con dos sugetos de buena facha, que se pusieron á examinarme hablando á la sordina.

Aun no me habia arrellanado en mi silla, cuando uno de ellos me ofreció de beber, dirigiéndome la palabra en términos amistosos. Luego, habiéndome obsequiado á su costa, casi contra mi gusto, me preguntaron si tendria inconveniente en que caminásemos juntos. Acepté su oferta, y nos pusimos en marcha.

Cuando nos hallábamos un cuarto de legua distantes de Cádiz, mis compañeros de viaje se alejaron un poco de mí, y se pusieron á hablar en secreto. Allí nos dejó uno de ellos diciendo que pronto se uniría á nosotros, y el que habia permanecido siéndome fiel, me hizo entrar en una casilla que dijo era de su propiedad.

«Amiguito, me dijo cuando estuvimos dentro, me pareces un muchacho dotado de bastante inteligencia; ¿quieres ganar unos cuartos sin que te cueste mucho trabajo?

—No me vendrían mal, pues mi bolsa está tan delgada como grande es mi pereza: ¿de qué se trata?

—De una apuesta entre mi camarada y yo. Acabamos, ya lo has oido, de darnos una cita para la ciudad, y el último que llegue debe pagar al otro cien reales.

—¿Y qué puedo yo hacer en este caso para ser á V. útil?

—Mucho: los dos llevamos á Cádiz, cada uno por nuestra cuenta, cierta mercancía que es mas molesta que



pesada. Mi camarada ha ido por su pacotilla: ¿quieres tú encargarte de la mia, y con eso podré correr mas y llegar primero á la cita? De este modo ganaré cien reales y tú una buena gratificacion.»

—Corriente, tendré mucho gusto en complacer á V.»

Entonces me puso sobre el estómago una cosa de hoja de lata que parecia una coraza, colgándome de las caderas dos grandes bolas que me azotaban los costados como las cestas que llevan los borricos, y me cubrió con un capotillo.

Dijera lo que dijese mi hombre, á mí me pareció aquello mas pesado que molesto, bien que era uno y otro.

«Ahora partamos, añadió; tú puedes venir poco á poco, mientras yo voy á andar á toda prisa. Vete todo derecho, y no tengas cuidado, que yo te saldré al encuentro.

—«Hasta la vista,» le dije.

#### IV.

#### Como me engañaron.

Y mientras que él volaba hácia la ciudad, yo me encaminaba lentamente y con esa tranquilidad que procede de reposo en la conciencia y de cansancio en las piernas.

Pero lo mismo se llega á un punto andando poco á poco que saltando como los camellos, y ya me iba acercando á la puerta de tierra, cuyo umbral ansiaba pasar.

Como no tenia prisa, y el exceso de equipaje paralizaba mis movimientos, avanzaba contoneándome y mirando las moscas.

A diez pasos de la puerta iba á tropezar contra un hombre gordo que se paseaba con un pincho en la mano. Despues de empujarme para evitar el choque, se puso á mirarme de pies á cabeza con particular atencion, sin que yo pudiera sospechar el motivo.



Por mi parte le examiné con no menos curiosidad, y mientras que nos mirábamos de este modo como dos gallos, no habia visto venir sobre mí la pesada carreta de un carbonero, que iba infaliblemente á aplastarme si yo no hubiera hecho una brusca evolucion. Sin embargo, por mas rápido que fué mi movimiento hácia atrás, no pudo librarme de la presion de la rueda, la cual me tuvo, cuando menos un minuto, oprimido contra la muralla, aplanado y sin respiracion.

Los transeuntes creyeron que me reventaba y me hacia una compota, y yo que habia llegado mi última hora. Sintiendo la presion de la rueda sobre mi pecho, caí completamente desmayado.

Cuando volví en mí, me ví rodeado de una porcion de gentes; me tenté, creyendo sentir inundado de un sudor frio todo mi cuerpo.... En efecto, casi estaba anegado en un arroyo de líquido.

¿Era mi sangre?... en parte alguna me sentia herido pero me volvió el susto, y otra vez caí sin conocimiento.

Al fin recobré de nuevo mis sentidos, abrí los ojos, y la multitud habia desaparecido. Me encontré en un cuartucho en compañía de mi hombre del pincho y otros dos asistentes, siendo entonces cuando supe la nueva desgracia en que acababa de caer.

El cuartucho era de la casilla de carabineros, y si el hombre del chuzo me miraba tanto, es porque como buen perro de caza olia su presa debajo de mi capotillo. La carreta, al apretarme fuertemente contra la muralla, rompió las dos bolas que yo llevaba ocultas, y que no eran otra cosa que vasijas llenas de vinagre, cuya certeza adquirí por el olor que exhalaba todo mi ser: en cuanto á la coraza, estaba hueca por dentro y contenia aguardiente.

De consiguiente, por ignorancia habia sido instrumento de dos defraudadores ladinos, pues (bueno es que lo cuente aquí) el astuto compañero que me transformó en verdadera acémila, me aseguraba respon-

diendo á mis preguntas, que eran pepinillos en vinagre,

Lleno de esta seguridad, hice la observacion á los señores carabineros, y á pesar de que conocieron mi inocencia, á pesar de mis protestas y súplicas tuve que pasar la noche en el granero de los objetos aprendidos, entre un cochinillo, un becerro y varios atados de tabaco.

Al dia siguiente logré convencerlos de que habian sorprendido mi buena fé, y me pusieron en libertad sin otro incidente.

Pero aun me preparaba la suerte nuevas tribulaciones.

V.

**Entro en Cádiz. — Otro contratiempo. — Corto paseo.**

Viva la libertad! estoy sobre el empedrado de las calles, pero en una gran ciudad desconocida para mí: ¿á dónde dirigiré mis pasos?... Veamos las señas de la casa á donde me envia mi padrino.

Otro contratiempo. — Por mas que registro mis bolsillos no encuentro la carta del tio Conejo. Ah! pensé naturalmente, si hubiese sabido leer, es probable y aun casi seguro que mas de una vez hubiera durante el camino fijado la vista en el sobre en cuestion; alguna cosa se me habria quedado en la memoria, y no me encontraría en este nuevo apuro!

Ya es tarde; la noche está encima; ¿á dónde iré, qué haré?

Me fuí sumamente triste á una posada, y pedí un cuarto: diéronmelo, y sin cenar resolví acostarme. Empecé á desnudarme, y ¡oh fortuna! al quitarme una media cayó la carta, sin que nunca haya podido acertar por qué demonios se encontraba allí. Llamé al criado de la posada, y mascando leyó lo siguiente: AL SEÑOR JAIME BORRACHON, DROGUERO, CALLE ANCHA.

Al dia siguiente fuí en su busca; pero era domingo,



y mi futuro patron habia cerrado la tienda para ir á pasar el dia en la Isla de San Fernando: de suerte que encontré en su casa cara de palo.

Para aprovechar las pocas horas que me quedaban, y trabar conocimiento con el empedrado de las calles, así como con las diversas curiosidades de la ciudad, me dí á vagar de un punto á otro.

Como un bobo me paraba á contemplar las calles, las plazas y el paseo de Cristina, y luego que hube admirado el magnífico y espacioso muelle, me retiré á la posada convencido de que Cádiz, como muchas veces habia oido decir á mi padrino, es una de las ciudades principales, y tal vez la mas bonita de España.

## VI.

**La familia Borrachon.—Entro de maneebo en la droguería.—Mi compañero Pistolilla.**

Al dia siguiente por la mañana fui á rendir homenaje al señor Borrachon, á quien encontré con su familia, es decir, con la señora Cunegunda Borrachon, su esposa, la señorita Lola Borrachon, su hija, y la tia Brígida, humilde ama de llaves.

El Sr. Borrachon, despues de ponerme un devantal azul, me colocó en la trastienda con mision de machacar durante todo el dia en un monstruoso mortero unas veces cacao y otras goma.

Este ejercicio no me hubiera disgustado si me hubiese dejado descanso; pero tenia que trabajar sin interrupcion, y cuando algunas veces intentaba descansar, veia llegar hácia mí al señor Borrachon, armada la nariz con sus largos anteojos. Otras veces hacia tinta artísticamente ó raía palos de orozuz.

Es preciso decirlo, encontraba no pocas dulzuras en mi trabajo, y ya adivinarán VV. cuales podian ser luego que les haya confesado que siempre he sido profundamente goloso.

Las pastas de yuyuba y malvavisco, las bolas de goma, los anises, el chocolate y las pastillas de cualquiera clase que fuesen, no pasaban por mis manos sin dejar algo en ellas; pero satisfacía mis caprichos de glotonería sin que lo supiese el Señor Borrachon.

De este modo pasé un año de aprendiz en casa del droguero de la calle Ancha. Entrando en algunos detalles acerca de la vida comercial y doméstica de mi nuevo establecimiento, haré notar que mientras el Sr. Borrachon iba y venia desde el interior al umbral de la puerta, pasando revista á sus drogas, su mujer se ocupaba en servir á los parroquianos con actividad, y la señorita Lola brincaba del uno á la otra, ya tirando á la mamá del vestido, ya pellizcando en las pantorrillas á su querido papá. En cuanto á la tia Brígida no cesaba de refunfuñar desde por la mañana hasta por la noche, pues era la criada mas mal humorada que se ha visto.

Por gratitud debia haber hablado desde luego del Sr. Pistolilla, dependiente mayor de la casa, y por cuya causa sufrí otro contratiempo con su acompañamiento de molestas circunstancias.

Pistolilla era el decano de los dependientes, haciendo ya veinte años que pasaba sus dias serenos y exentos de ambicion entre los fardos de quina y los sacos de cochinilla. Jamás habia sabido hacer otra cosa que lo estrictamente necesario en su oficio; pero lo desempeñaba con una exactitud que le valió no pocos elogios de parte de sus diferentes amos.

El Sr. Pistolilla, en union con el ama vendia al menudo todas las drogas imaginables, y aun algunas veces se ocupaba él solo exclusivamente en esta minuciosa tarea.

## VII.

### Como servia á los parroquianos.

Un dia que la familia Borrachon, aumentada con



su ama de llaves, habia abandonado sus penates para concurrir al bautizo de un pimpollo de su rama principal, y Pistolilla y yo nos habiamos quedado guardando la tienda, sucedió que mi compañero de drogas tuvo á bien salirse á tomar el fresco, dejándome á mí, aunque interinamente, por dueño de la casa. No es necesario decir que nadie y principalmente los Borrachon debia saber que Pistolilla se habia escapado.

Pistolilla, al confiarme la custodia del almacén, habia pensado que como la tarde estaba muy adelantada, en nada perjudicaría su ausencia á los intereses del comercio, y además me creia bastante fuerte en drogas para un caso necesario.—Esto consistia en que ni él ni los Borrachon habian advertido mi inaptitud para mi nueva profesion: tanto habia podido en mí la costumbre y el cuidado que ponía en imitar á los demás.

Vean VV. pues á todos solazándose por esos mundos de Cadiz y á mí dispuesto á cerrar la tienda, empleando los últimos minutos del dia en atracarme de azucar cande.

Estando en esto, llegó una vieja sofocada á pedir diez granos de *cachunde* en polvo, á fin de aliviar pronto á un enfermo cuyas ansias y frecuentes cólicos tenían, segun me dijo, *insoportables efectos*.

—¿Cachunde? la dije; será V. servida.»

Yo sabia de memoria todo lo que contenia cada anaquel, y por lo regular ponía la mano sin titubear en lo que buscaba.

Despaché pues á vieja, entregándola *por cuanto vos contribuisteis* un paquetito sellado, segun uso y costumbre de mi principal.

Pistolilla entró poco antes que la familia Borrachon, de suerte que no pude decirle una palabra.

(Se continuará.)

## UN TORNEO EN EL SIGLO XIX.

Hace tres años que Turin, capital del Piamonte, fué teatro de las funciones mas brillantes: conciertos, teatros, fiestas públicas, serenatas, iluminaciones, bailes, todo esto lo presencié el pueblo encantado de alegría.

La corte, la clase media y el populacho, todos celebraban á porfia el feliz enlace del heredero del trono de Cerdeña; pero entre todos aquellos festejos descoló un torneo de caballeros, como los que se verificaban en la edad media.

En medio de la plaza de San Carlos, en cuyo centro se eleva la estatua ecuestre de Manuel Filiberto, por Marochetti, habian construido un estenso anfiteatro cubierto con ricos tapices. Las señoras ocupaban las cuatro primeras filas, y el palco regio, de terciopelo carmesí bordado de oro, formaba un pavellon elegante ornado de escudos, trofeos militares y banderas. En frente del palco estaba colocada la música militar de muchos regimientos, la cual tocaba sin cesar piezas alegres. Como el anfiteatro se hallaba á cielo descubierto, todos los palacios asi como las casas inmediatas estaban atestados de espectadores, y los tejados cubiertos de gente.

A las dos la música anunció la llegada de la familia real, y pocos despues entraron en la liza los jóvenes y brillantes caballeros, llevando á su cabeza al duque de Génova, hijo segundo del rey, y que lucia una armadura soberbia, montando un caballo árabe del precio mas elevado. Acompañaban al príncipe como á jefe del torneo cuatro comandantes de cuadrilla con sus portaestandartes y tres escuderos con las armas reales. Los caballeros, elegidos entre los oficiales del ejército, se dividian en cuatro bandos con veinte y cuatro caballeros de las órdenes militares de San Lázaro y San Constantino, los cuales llevaban el traje de la orden; el segundo se componia de caballeros savoyanos con



el traje italiano del siglo XIV; formaban el tercero los caballeros franceses del mismo siglo, y el cuarto caballeros de Malta y de la Estrella; todos vestidos con el traje de la orden.

Luego que el jefe del torneo recibió las órdenes del rey, empezaron las carreras de caballo y los ejercicios de alta equitacion, donde brilló sobre todo la cuadrilla del duque de Génova. La justa, ó torneo propiamente dicho, terminó con las evoluciones de cien caballeros, ejecutadas con destreza y precision admirables. Los jóvenes caballeros, con su jefe á la cabeza, desfilaron en seguida por delante de la familia real al son de los ruidosos aplausos de la multitud. La corte no volvió á palacio hasta la hora del crepúsculo.

S. D.

### POESIA.



Allá en la orilla del mar  
Entre unos chopos se eleva  
Una ermita solitaria  
Hermosa, blanca y risueña.

Los mares por horizonte,  
Por límites una selva,  
Del océano al murmullo  
Sus trinos las aves mezclan.

Allí no turba el silencio  
La voz de la plebe inquieta,  
Y el pastor duerme tranquilo  
En medio de sus ovejas.

Mas cuando en la erguida torre  
Aguda campana suena,  
Su vago acento se esparce  
Por las cercanas aldeas:

Y labriegos y pastores  
Su humilde cabaña dejan,  
Yendo á rezar fervorosos  
Al pie de una imagen bella.

Mirad cual la pobre huérfana  
Los instantes aprovecha,  
Por el camino siguiendo  
Sus laboriosas tareas.

Ved como el ciego infeliz  
Se adelanta hácia la iglesia,  
En su báculo apoyado  
Ó en el brazo de su nieta.

Tambien el triste mendigo  
Con aire tímido llega,  
Y con devocion profunda  
A su rosario dá vueltas.

Saltando alegres y ufanos  
Cinco ó seis niños se acercan,  
Y ya al pasar cogen flores,  
Ó ya con las hojas juegan.

Entrad, entrad en el templo;  
Orad, orad sin tibieza,  
Que Dios oirá vuestros votos,  
Y calmará vuestras penas.

Si, que la voz del anciano  
Y la voz de la inocencia,  
Cuando la fé las anima  
Allá en el cielo penetran.

TENORIO.